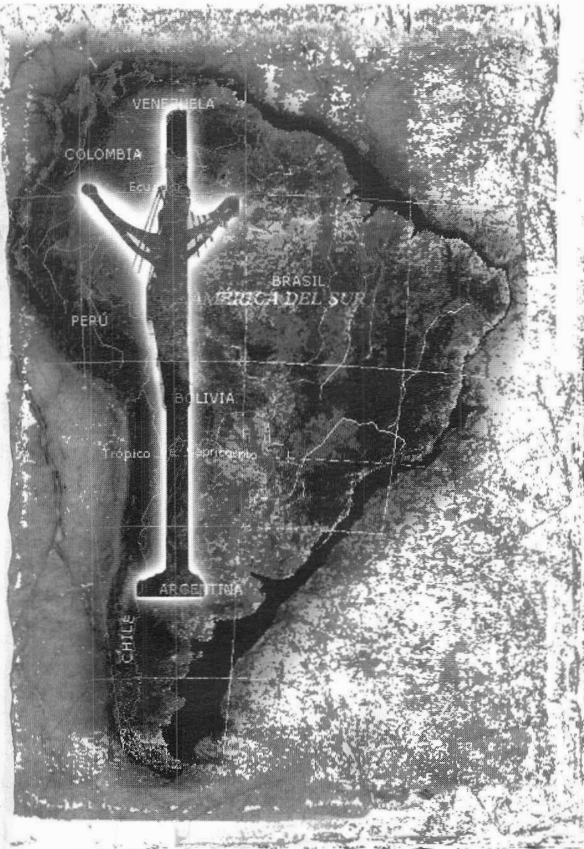


La identidad católica de los pueblos de América, esperanza para el futuro



Cardenal Paul Poupard

Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura
Conferencia ofrecida en Diálogos
de la Catedral, UPB Enero 26 de 2005

Cardenal Paul Poupard

- Actualmente es Presidente del Pontificio Consejo para la Cultura. Se ha destacado en la docencia y en el campo pastoral. Es laureado en Teología y en Historia en la Universidad de Sorbona. Obtuvo el diploma en ciencias religiosas en la Escuela de altos estudios de Roma. Trabajó en el Centro de Investigación Científica en Roma fue oficial de la secretaria de Estado y Capellán del Instituto Santo Domingo en Roma. Vicepresidente de la sociedad de Historia de la Iglesia de Francia, miembro del consejo Superior de la Escuela de altos Estudios y de la Alta Comisión de Lengua Francesa. Autor de numerosos ensayos y libros sobre temas relacionados con el Diálogo inter-religioso y con aspectos de la relación entre Fe y Razón.

La identidad católica de los pueblos de América, esperanza para el futuro

Cardenal Paul Poupard

Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura
Conferencia ofrecida en Diálogos de la Catedral,
UPB Enero 26 de 2005

Introducción

Se cumple hoy para mí un deseo largamente acariciado, al visitar por fin esta hermosa ciudad de Medellín. Les confieso que tenía curiosidad por conocer la capital de Antioquia, patria espiritual de los «paisas», que con su tesón y buen hacer han hecho de ella el corazón pulsante de Colombia. Es un sentimiento que viene de lejos, desde que siendo joven colaborador de Pablo VI, el año 1968 tuvo lugar en esta Ciudad la segunda Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, que señaló el inicio de una nueva etapa para la vida de la Iglesia en América y en el mundo. Desde mi despacho en la Secretaría de Estado, seguía con interés el desarrollo de aquella asamblea, y me preguntaba si algún día me sería dado visitar esta tierra. Después, ya en el Consejo Pontificio de la Cultura tuve el privilegio de contar con la presencia de dos colaboradores procedentes de esta Arquidiócesis, y de la que unos y otros me hablaban maravillas.

Me siento, pues muy honrado de estar con ustedes esta tarde compartiendo unos momentos de reflexión acerca de los desafíos que nos plantea nuestro tiempo para dar una respuesta desde el Evangelio. Lo hacemos mientras nos preparamos para celebrar la fiesta titular de esta Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, que el próximo lunes festejará el aniversario de su fundación, acontecida un lejano dos de febrero de 1675, el día en que la Iglesia recuerda la presentación de Jesús en el Templo de manos de su Madre.

La fiesta de la Candelaria, cuando Jesús fue presentado en el templo como luz de las naciones, me ofrece ahora la oportunidad de iniciar esta charla desde la catedral, reflexionando acerca de la identidad católica de América y las esperanzas que ofrece para el futuro.

1. Jesús, luz para alumbrar a las naciones

Jesús es presentado en el Templo de Jerusalén, como estaba obligado a hacer todo piadoso israelita, para ofrecer al Señor el rescate por el nacimiento del primogénito. En aquella ocasión, el anciano Simeón, bendiciendo a Dios, tomó al Niño en brazos y lo proclamó como «luz para alumbrar a las Naciones» (Lc 2, 32). Jesucristo es presentado como luz, no sólo para los individuos, sino también para los pueblos en cuanto tales. Si al comienzo de su vida Jesús es presentado como luz de las naciones, al final de su vida, despidiéndose de los apóstoles les encarga anunciar el Evangelio a toda criatura (πα/σ\$ τ\$ = κτ/σελ (Mc, 16,15). El Evangelio de Mateo, sin embargo, traduce este mandato como un anuncio «a todas las *naciones*» (πα/ντα τ\$ ε)/θνη, Mt 28,19). En el Apocalipsis, los veinticuatro ancianos entonan un cántico nuevo, alabando al Cordero degollado que ha rescatado con su sangre «hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación» (Ap 5,9).

Es significativo que el Evangelio, y más en general el Antiguo y el Nuevo Testamento, presenten siempre la dimensión comunitaria o colectiva de la relación entre Dios y los hombres. Son incontables las invitaciones a alabar a Dios que los salmos dirigen a los pueblos, no sólo a los individuos. Un ejemplo entre todos, el salmo 116: «alabad al Señor todas las naciones, aclamadlo todos los pueblos». El hecho se explica fácilmente teniendo en cuenta la mentalidad antigua, para la que el hombre existe en la medida en que forma parte de una tribu, de un pueblo o de una comunidad. La noción de individuo tardará todavía siglos en desarrollarse y adquirir el protagonismo que ha ido adquiriendo desde los albores de la modernidad.

Sin embargo, en un nivel más profundo, me parece ver aquí como en ciernes una dimensión irrenunciable del anuncio del Evangelio: la evangelización de la cultura. En efecto, Cristo no ha enviado a sus discípulos a anunciar el Evangelio para salvar al hombre *individualmente*, sino también a evangelizar, –y por tanto a salvar– *las cul-*

turas. La cultura es, en efecto, como nos decía Juan Pablo II en la Carta Autógrafa de fundación del Consejo Pontificio de la Cultura «aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre»¹, pues es propio del hombre alcanzar una vida plenamente humana gracias a la cultura.

Esto quiere decir que la evangelización no estará plenamente conseguida mientras el Evangelio no haya alcanzado también la cultura, es decir, «el conjunto de los principios y valores que constituyen el *ethos* de un pueblo»², en un palabra el alma de un pueblo. Todos constatamos a diario la fragilidad de la vida cristiana cuando ésta se desarrolla en un ambiente culturalmente hostil que, en ocasiones, acaba por sofocar la semilla de la Palabra de Dios. Inversamente, habría que decir que no basta evangelizar la cultura de un pueblo, o sus estructuras, si después falta el contacto último, que es siempre personal, entre quien anuncia el evangelio con su vida y sus obra, y quien acoge en su vida esta palabra. De ahí toda la importancia que tiene para la Iglesia la acción pastoral en este campo tan fundamental que es la cultura, que Juan Pablo II define como uno de los areópagos de nuestro tiempo.

A partir de esta sencilla constatación, permitan ahora al amigo francés, una reflexión acerca de la identidad católica de América, que les ofrezco, no como quien viene a enseñar, sino como admirador de este gran continente, de su vitalidad y su historia.

2. La identidad católica de América

El encuentro entre el Evangelio y las naciones se ha realizado en algunos lugares de modo especial. Si Europa es un continente forjado por el Cristianismo, con mayor razón puede decirse esto de América. Juan Pablo II así lo afirmó con fuerza en su Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, cuando nos recuerda que «el mayor don que América ha recibido del Señor es la fe, que ha ido forjando su identidad cristiana». Y el Santo Padre continua:

1. Cfr. JUAN PABLO II, Carta autógrafa de creación del Consejo Pontificio de la Cultura.

Hace ya más de quinientos años que el nombre de Cristo comenzó a ser anunciado en el Continente. Fruto de la evangelización, que ha acompañado los movimientos migratorios desde Europa, es la fisonomía religiosa americana, impregnada de los valores morales que, si bien no siempre se han vivido coherentemente y en ocasiones se han puesto en discusión, pueden considerarse en cierto modo patrimonio de todos los habitantes de América, incluso de quienes no se identifican con ellos³.



en el ámbito internacional. En su actividad pastoral encontramos el testimonio de evangelización en diálogo fecundo con las costumbres y las más variadas manifestaciones culturales, que aún perduran gracias al contacto con la savia del Evangelio. En este campo merecen una particular mención el catecismo pictórico de Pedro de Gante o las «reducciones» del Paraguay como un camino profundo de evangelización e inculturación.⁴

En efecto, ya desde los albores del descubrimiento asistimos a una increíble obra de evangelización que ha dado lugar con el paso de los siglos a un patrimonio cultural común el que todos los pueblos de América pueden identificar su pertenencia, su origen común y su destino compartido. Los misioneros, descalzos y a pie, recorrieron un vasto continente anunciando a Jesucristo en la lengua propia de los indígenas, como ordenaba la Pragmática real del Rey Felipe II. Con increíble tenacidad y paciencia, aprendieron las lenguas y costumbres nativas, elaboraron diccionarios y gramáticas, inspirados en el modelo humanista de Elio Antonio de Nebrija, y gracias a ello conservaron para nosotros preciosos tesoros de la cultura indígena.

La evangelización estuvo enmarcada en la conquista del Nuevo Mundo a la que se lanzó toda Europa. Sin embargo, la mayoría de los misioneros supieron distinguir entre el aspecto político y la misión propia de la Iglesia, la evangelización. Así podemos encontrar, entre muchos otros, figuras de hombres y mujeres verdaderamente grandes que han marcado la epopeya misionera americana, tales como Pedro de Gante, Ramón Pané, los doce apóstoles de la Nueva España, entre los que se destaca Motolinía, Santo Toribio de Mogrovejo, Pedro de Córdoba, Montesinos, Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga, Francisco de Vitoria. Estos santos vincularon la evangelización con la defensa y la promoción de los derechos humanos, logrando el reconocimiento de las leyes de Indias

La obra de la evangelización de América en el pasado fue el fruto del despliegue de una gran imaginación unida al sacrificio personal de innumerables personas que, convencidas de su fe, estaban dispuestas a entregar la vida por dar a conocer la Verdad. El proceso no fue fácil. No quiero ingenuamente desconocer las posibles fallas, pero éstas no pueden oscurecer los innumerables aciertos.

A pesar de las muchas sombras e imperfecciones que la acompañaron, no obstante sus errores y deficiencias, esta obra de evangelización, – que camina en algunos momentos paralela a la conquista, sin identificarse con ella, y en ocasiones oponiéndose –, sigue asombrándonos hoy. Al decir de León XIII, «se trata de la hazaña más grandiosa y hermosa que hayan podido ver los tiempos»⁵. El pontífice se inspiraba en la conocida afirmación de Francisco López de Gomara, en su *Historia General de las Indias*, quien, con característica exageración, sostenía que «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la Encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».⁶

Sea como fuere, la evangelización del continente americano es obra que trasciende cualquier explicación humana, ya sea en su motivación, en su desarrollo o en su persistencia⁷. Como señala el Prof. Morandé, la temprana aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego, y la profunda devoción mariana suscitada en todos los países del continente, son un claro testi-

2. *ibid.*

3. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, Ciudad del Vaticano 1999, n. 14.

4. Cfr. P. POUPARD, *La cultura, horizonte de la transmisión del Evangelio. Perspectivas para una nueva evangelización*, Puebla de los Angeles 2001.

5. Encíclica *Quarto abeunte saeculo*, 16 de julio de 1892.

6. Cito sus palabras según RAMIRO DE MAEZTU, *Defensa de la Hispanidad*, Ediciones del Cruzamante, Bs. As. 1986, p. 252.

7. Cfr. PEDRO MORANDÉ, «El encuentro salvífico del Evangelio con las culturas latinoamericanas», in *II Pontificio Consiglio della Cultura nel XX aniversario della creazione*, Ciudad del Vaticano 2002, 76-92; aquí, 77.

monio de que la fuerza evangelizadora procedió de lo alto, dando abundantes frutos de santidad en todos los países de la región. El mismo Juan Pablo II nos recuerda que «la expresión y los mejores frutos de la identidad cristiana de América son sus santos» y que «América ha visto florecer los frutos de la santidad desde los comienzos de su evangelización»⁸. De esa pléyade de santos, quisiera mencionar ahora apenas a los que desempeñaron su ministerio en tierras colombianas: san Pedro Claver, san Luis Beltrán, san Ezequiel Moreno, san Francisco Solano, y el beato Mariano de Jesús Euse Hoyos, y la sierva de Dios Laura Montoya Upegui, que será beatificada en Roma el 25 de abril, hijos ambos de esta tierra antioqueña.



de las culturas indígenas, obligó a reflexionar sobre las dimensiones universales de la condición humana. En segundo lugar, la integración de la tradición oral y de la escritura, en el rito, que tiene su expresión característica en la maravillosa floración de la religiosidad popular. Y por último, el carácter sacrificial del barroco americano, que se expresa en las relaciones sociales y se orienta a la fiesta.

Sin embargo, el barroco americano es fundamentalmente una experiencia de mestizaje¹⁰. Lo mestizo es la prueba palpable de un encuentro efectivamente acontecido. Un vistazo desapasionado al conjunto de los pueblos de la tierra basta para darse cuenta de que en ningún otro lugar del mundo se ha dado un fenómeno semejante, por su magnitud y su profundidad. La multiculturalidad, –que sin ser un fenómeno nuevo ha adquirido hoy día dimensiones mundiales–, en la mayor parte de los casos se resuelve en una *yuxtaposición* de comunidades y de culturas, que comparten un mismo espacio más o menos pacíficamente. En América ha habido una auténtica experiencia de mestizaje, no sólo entre razas, sino también, y sobre todo, entre culturas diferentes.

Si bien el mestizaje constituye un hecho incontestable, no todos aceptan que éste se convierta en el rasgo esencial de la identidad americana y es rechazado desde diversas perspectivas, fuertemente ideológicas. Una lectura indigenista de la historia, buscando preservar la identidad de los pueblos amerindios a toda costa, denuncia el mestizaje como una forma de contaminación con los pueblos europeos. De modo inverso, la lectura europeísta, queriendo salvar el carácter europeo de la cultura iberoamericana, ve en el contacto con las culturas amerindias y afroamericanas un mero episodio accidental, sin efectos sobre la cultura europea, más allá de un mero toque exótico. Ambas interpretaciones se ven obligadas a plantear la tesis del «desencuentro» entre europeos y amerindios o afroamericanos, para salvar la identidad de cada uno.

3. La síntesis barroca de América

Dejando a un lado las inevitables polémicas que se plantean cada vez que se trata del descubrimiento y la evangelización, ofuscados por una gran carga ideológica, el hecho incontestable es que la evangelización americana dio lugar a una nueva síntesis cultural, que constituye algo nuevo. Esta síntesis ha marcado la identidad de los pueblos latinoamericanos y les permite reconocerse hasta hoy en una comunidad de destino. La Conferencia General del Episcopado Latinoamericano calificó esta síntesis como barroca y mestiza⁹. «Barroco» y «mestizo» son dos palabras que no gozan de buena fama en nuestros días, vistas con cierto desprecio. Nosotros, sin embargo, las reclamamos con orgullo como un título de honra, precisamente como la aportación específica de los pueblos latinoamericanos a la cultura universal.

El *ethos* barroco, la peculiar visión del mundo y de afrontar la vida, propia de la cultura iberoamericana, puede articularse en torno a tres ejes fundamentales. En primer lugar, comporta una visión ecuménica de la historia y de las culturas, que, superando tanto las tentaciones milenarista de fines de la Edad Media, como el aislamiento secular

8. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, Ciudad del Vaticano 1999, n. 15.

9. CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, Documento Puebla 1979, Mensaje a los pueblos de América Latina, nn. 307 y 409, in CELAM, Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, Bogotá 1994.

10. Cfr. P. MORANDÉ, o.c. 83.

Habría que decir, sin embargo, que el mestizo es la novedad del encuentro, el producto de la transformación de las culturas, que no son ya ni plenamente europeas ni puramente indígenas. Por ello, la reflexión sobre el mestizaje en Iberoamérica es originaria y constituyente, condensa y resume la experiencia del encuentro. Y hasta tal punto es constitutiva que podemos afirmar, con el Profesor Morandé, que «cuando se la olvida o explícitamente se la rechaza, con ella se abandona también el fundamento de la identidad, debiendo cada generación plantearse nuevamente el mismo problema»¹¹. Acaso se halle aquí, en esta negación del mestizaje, tanto desde la perspectiva europeísta como indigenista, la causa de una cierta tendencia, que se aprecia por doquier en el Continente americano, a vivir mirando hacia el pasado y vivir discutiendo, más que ninguna otra región, acerca de su propia identidad, en un permanente conflicto.

En este contexto, me parece importantísimo, por el alcance cultural que tiene y no sólo religioso, la extraordinaria devoción mariana del continente americano, que tiene su culmen en las apariciones guadalupanas, verdadera clave de interpretación del barroco americano. En efecto, no existiendo una historia común que compartir entre los pueblos indígenas y europeos que se encontraron, la figura de María representó la posibilidad de autocomprenderse y de comprender lo que estaba aconteciendo. La imagen de María representaba la posibilidad de reconocer la unicidad de la condición humana más allá de sus limitaciones históricas o culturales, y su común origen, la pertenencia a la historia universal. En ella se venera también el encuentro entre Dios y el hombre, y se descubre en sus brazos la Palabra encarnada que se hace pan, que congrega a todos sin exclusión y satisface las necesidades de los hombres. El rostro mestizo de la Virgen de Guadalupe resume en perfecta síntesis para los pueblos iberoamericanos la esperanza de un futuro mejor, en la imagen de una mujer vestida de sol, a punto de dar a luz a un Dios cercano, y al mismo tiempo la dignidad de su condición y de su origen, que no se remonta a hazañas históricas de héroes legendarios, sino a la experien-

cia de encuentro entre pueblos y personas diversas. De ahí que el Santo Padre haya escrito que «el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac, [...] Santa María de Guadalupe, [...] representa un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada».¹²

4. El gran divorcio

Siendo esta la gran riqueza cultural de América, no puede por menos de sorprender lo que llamo «el gran divorcio» entre la cultura popular, que hemos calificado como la gran síntesis barroca y mestiza, con la cultura de las élites y las minorías dirigentes en la inmensa mayoría de las repúblicas americanas. Quizá la expresión más flagrante de esta contradicción sea la convivencia, en no pocas enseñanzas nacionales de las repúblicas americanas, del color blanco y azul, propio del voto inmaculista con que los cabildos americanos se obligaban a defender la Inmaculada Concepción de María, junto con la gran profusión de signos y elementos masónicos.

El hecho es que, al menos desde la emancipación, si bien sus orígenes se pueden hallar en el hostigamiento por parte de la corona a las órdenes religiosas y especialmente a los jesuitas, la síntesis barroca comenzó a ser considerada por parte de las élites dirigentes como el gran obstáculo que había que superar para alinearse con los demás países. De aquí procede esta característica escisión, casi estaríamos tentados de calificarla como esquizofrenia, entre la cultura ilustrada de las élites, que vive mirando nostálgicamente a Europa o al poderoso vecino del Norte, y la cultura barroca del pueblo. Como suelo decir, a veces con una pizca de provocación, América es, sí, un continente católico, el continente de la esperanza; pero sus premios Nobel se declaran agnósticos o ateos. ¿Cómo explicar esta paradoja?

Las causas son muchas y complejas, y no podemos olvidar aquí la persecución sufrida por la Iglesia, expulsada de los ámbitos públicos de creación de alta cultura, que en algunos países alcanzó especial virulencia a lo largo del siglo XIX y XX y ofreció a la Iglesia una espléndida cosecha martirial.



11. *ibid.* p. 83.

12. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, Ciudad del Vaticano 1999 *Ecclesia in America*, 12.70

Puesto que para entrar en los ámbitos de producción de la cultura era necesario sacrificar la fe y prescindir de las propias raíces culturales católicas, no pocos fieles se automarginaron respecto a esa cultura, encerrándose en una especie de ghetto cultural, sin la necesaria incisividad en el mundo de la cultura. Y así acontece que entre intelectuales laicos y jerarquía de la Iglesia, subsiste una desconfianza mutua que acaba resolviéndose en una recíproca ignorancia.

5. Evangelizar la cultura

Esta situación de escisión interna de las culturas americanas constituye un factor de empobrecimiento, no sólo para la Iglesia, sino para el conjunto de la sociedad latinoamericana. Un pueblo privado de su identidad se ve permanentemente amenazado por nuevas formas de colonialismo cultural, que a la larga son fuente de tensiones. Por ello, a las cuatro columnas que el beato Juan XXIII proponía como punto de apoyo para la paz – la verdad, la libertad, la justicia y el amor –, habría que añadir una quinta, la cultura. No puede haber paz ni progreso auténticos ignorando o destruyendo la cultura de un pueblo. A lo largo de los últimos decenios, el Estado y el mercado han ido ocupando con eficacia el ámbito de las instituciones y de la vida pública. Pero ni el uno ni el otro son capaces de ofrecer al hombre el sentido profundo de su existencia, que no se esclarece ni por su pertenencia a un partido político, ni por el desempeño de una profesión, ni por el éxito económico.

Sólo así la respuesta será efectiva frente a fenómenos mundiales, que inciden especialmente en algunos países de América, como el secularismo que ofrece un estilo de vida en el cual se puede prescindir de Dios y construir un mundo sin religión y lejano a todo comportamiento moral. Es imposible ignorar un laicismo ateo presente en ambientes intelectuales, universitarios, profesionales y artísticos y que se difunde a través de los medios de comunicación¹³.

En este campo, emergen algunos campos que requieren atención especial. En primer lugar, la insa-

tisfacción creada por un humanismo racionalista, incapaz de responder al problema fundamental del hombre, ha permitido una apertura a la trascendencia y a una sed de Dios cada vez mayor. Este ansia de trascendencia exige una presencia cualificada de los cristianos que les permita ofrecer respuestas adecuadas a las necesidades del hombre y evangelizar el deseo¹⁴. La crisis de las ideologías, la desilusión frente a la ciencia, son momentos privilegiados y apremiantes para el anuncio del Evangelio. La Iglesia está llamada a cubrir con celeridad este vacío que están intentando llenar fenómenos como el *New Age*, las filosofías esotéricas, las religiones panteístas, los cultos satánicos y en general los nuevos movimientos religiosos¹⁵.

Si la Nueva Era aparece como un fenómeno típicamente urbano, propio de clases medias con un cierto nivel de educación en busca de una espiritualidad profunda, el increíble avance de las sectas de tipo pentecostal debería invitarnos a una reflexión detenida. Las estadísticas señalan una erosión constante por parte de este tipo de Iglesias, que en algunos países han pasado, en pocos años a contar con un 25% de la población¹⁶. Es innegable que en algunos casos, ciertos modelos pastorales privados de una profundidad espiritual, han propiciado el abandono de la Iglesia. Casi habría que constatar tristemente: la Iglesia ha optado por los pobres y los pobres han optado por las sectas.

El mejor antídoto para contener esta deserción lo constituye la piedad popular, una riqueza particular para la Iglesia del Continente, que es como la lengua materna de la religiosidad, hablada por todos los hombres en los albores de la historia. Estas prácticas de piedad fueron surgiendo en la Iglesia como consecuencia de una profunda evangelización, bien promovidas directamente por los evangelizadores o como respuesta de quienes habían recibido el Evangelio. Sin embargo, la piedad popular llega a no responder a las necesidades profundas de la persona cuando se encuentra separada de un serio proceso de formación cristiana, porque carece del trasfondo de sus orígenes

13. Cfr. SECRETARIADO PARA LOS NO-CREYENTES, *Fe y ateísmo en el mundo*, BAC, Madrid, 1989, 163-214. A la increencia y la indiferencia religiosa está dedicada la plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura de marzo 2004, cuyo *Instrumentum Laboris* tiene por título *La fe cristiana all'alba del nuovo millennio e la sfida della non credenza e dell'indifferenza religiosa*, 2004.

14. Cfr. PAUL POUPARD, *Felicidad y Fe cristiana*, Herder, Barcelona, 1992.

15. Cfr. CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA-CONSEJO PONTIFICIO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO, *Jesucristo, portador del Agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la Nueva Era*, Ciudad del Vaticano 2003.

16. Cfr. *Instrumentum Laboris*, num.1.3.

nes. Es entonces cuando se da una dicotomía inaceptable entre la fe y la vida, que exige una nueva evangelización, porque detrás de las manifestaciones religiosas no se puede presuponer la existencia de una auténtica experiencia de fe. Cuando la religiosidad popular es genuina se convierte en camino expedito para acoger la Buena Noticia de Jesucristo.

El fenómeno de la enorme inmigración de los países del Centro y Sur de América hacia los del Norte representan un desafío gigantesco para la Iglesia. El flujo imparable de inmigrantes ha originado una transformación de la cultura, que es necesario tener en cuenta en los procesos pastorales. En el interior de cada nación, el desplazamiento multitudinario del campo a la ciudad en busca de mejores condiciones de vida se convierte en causa de un proceso acelerado de urbanización, que unido al desarrollo industrial y al crecimiento demográfico han traído graves consecuencias de pobreza, desarraigo cultural, pérdida de las tradiciones familiares y religiosas, anonimato y violencia. En los últimos tiempos se han despertado brotes de racismo, de fanatismo y de xenofobia contra los inmigrantes y desplazados¹⁷.

La corrupción en las relaciones sociales y políticas está presente en todas las zonas del Continente. Sus variadas formas son de público dominio y claman por una respuesta eclesial que termine con la falsa idea de que es una realidad atávica de la cual parecería imposible salir. La Iglesia en este campo tiene una gran oportunidad de testimonio y de ofrecer una dimensión nueva de martirio. No son pocos los pastores colombianos que han sellado con su sangre la denuncia de la corrupción. Quisiera rendir hoy homenaje a Mons. Isaías Duarte Cancino, arzobispo de Cali, asesinado al frente de su grey el pasado año. En el encuentro con el Evangelio muchos estarán llamados al sufrimiento respondiendo con una rectitud a toda prueba frente a la plaga de la corrupción.



Por todo ello, la evangelización de la cultura en América Latina es hoy más urgente que nunca. Así como el primer anuncio del Evangelio fue, ante todo, un encuentro entre culturas, es necesario hoy un nuevo anuncio que tenga como prioridad la cultura. Quiero confesarles una convicción que ha ido creciendo en el trascurso de mi servicio a la Iglesia y al Santo Padre como Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura y que es fruto de mi experiencia en muchos países del mundo y de mi intervención constante en el diálogo entre la fe y las culturas: *mientras no conquistemos con el Evangelio el alma de la cultura, no podemos esperar la transformación tan anhelada de nuestros pueblos*.

La pastoral de la cultura en sus múltiples expresiones, no tiene otro objetivo que inspirar con la fuerza de la Palabra de Dios la existencia cristiana en todas sus dimensiones, no sólo en el ámbito privado de la conciencia. No se trata de un complemento de lujo, una atención aislada a ciertas élites de intelectuales, que no haría sino perpetuar su desconexión con el resto de la sociedad. Se trata más bien de una dimensión necesaria propia de cualquier otro tipo de acción evangelizadora.

6. Conclusión

Queridos amigos: tenemos ante nosotros un desafío impresionante. Dar a luz una nueva cultura cristiana en este comienzo del Tercer Milenio, ser los autores de una nueva síntesis entre la fe y la cultura de nuestro tiempo. La Iglesia, conocedora como ninguna otra institución de la realidad americana, porque ha acompañado su crecimiento y siempre ha respondido a sus dificultades, de nuevo quiere sacar las fuerzas que le vienen de lo alto para ofrecer una realidad nueva, no quimérica, sino nacida del cambio del corazón del hombre. El cambio de América no es un simple cambio de estructuras: unas pueden sustituir a otras, pero siempre serán portadoras de repuestas no definitivas. Sólo el Evangelio puede engendrar el hombre nuevo que cree a su vez estructuras nacidas de la verdad y del

17. Cfr. CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, Para una pastoral de la cultura, Ciudad del Vaticano 1999, n. 8.

amor. La Iglesia como ya es su tradición recoge el reto que le ofrecen los pueblos americanos y como en otras épocas de su ya bimilenaria historia se lanza con los ojos puestos en Jesús a dar la batalla en favor del hombre.

Se trata de una tarea gigantesca, que nos hace experimentar toda nuestra incapacidad e impotencia. Somos sólo un pequeño David frente al gigante Goliat, dotado de medios poderosos que amenazan con engullirnos y acabar para siempre con la fe. En estas condiciones, nos vemos tentados de enfrentar al enemigo con sus mismas armas, poniendo nuestra confianza en la armadura, es decir, en los medios humanos. La fe nos invita a «confiar en el Señor Dios de los ejércitos de Israel» (1 Sam 17,45), como el joven David, para experimentar la fuerza transformadora del Espíritu Santo.

Este proceso de transformación se realizará gradualmente. Es necesario partir de comienzos modestos, y con una acción capilar aspirar a la transformación completa de la cultura, sin despreciar los pequeños logros. Es mejor encender un fósforo que maldecir de la oscuridad. Y Federico Ozanam, defendiendo la acción que llevaban a cabo las Conferencias de San Vicente de Paúl, respondía así a quien le objetaba que con pequeñas acciones no se resolvía el problema social: «antes de hacer el bien común, podemos lograr el bien de alguien; antes de regenerar Francia, podemos ayudar a alguno de estos pobres».

Para ello juega a nuestro favor un fondo de religiosidad popular que la ola de secularismo invadente todavía no ha logrado apagar. Acaso pueda parecer una caña quebrada o un pábilo vacilante, pero es siempre un punto de arranque para esta nueva evangelización. Así lo han entendido siempre los santos. El mismo Ozanam, en medio de los tumultuosos acontecimientos revolucionarios de 1848, no dejó de percibir este fondo de fe en el pueblo: «Es en el pueblo donde yo veo aún bastante fe y moralidad como para salvar una sociedad en la que las clases altas se han perdido. No

convertiremos a Atila y a Genserico, pero gracias a Dios, quizá lo logremos con los Hunos y los Vándalos»¹⁸. No todo está perdido. No podemos cruzarnos de brazos pensando que cualquier esfuerzo en el terreno cultural es fatiga inútil.

Si queremos ser fermentos de una nueva cultura, hemos de comenzar por abrir el corazón a la acción del Espíritu, que, divinizándolo, no lo despoja de lo humano, mas se lo restituye purificado y transformado. No parezca ingenua o poco realista esta llamada a la santidad. No es sino un eco de la que Juan Pablo II ha dirigido a toda la Iglesia en su carta *Nuovo Millennio Ineunte* y que yo, como colaborador suyo, siento el deber de transmitirles. Es la invitación a contemplar más intensamente el rostro de Cristo y entrar en intimidad con él. A hacer de la santidad el programa de la renovación de la Iglesia. A todos ustedes, queridos amigos, les repito las mismas palabras que el Señor dirigió a un Pedro fatigado y desalentado tras una noche de trabajo infructuoso: «*Duc in altum!* Rema mar adentro!», para responder con el humilde pescador de Galilea: «Señor, en tu nombre, echaré las redes»

Muchas gracias.

18. F. OZANAM, Carta a Théophile Foisset, 21-II-1848, Lettres III, 378-379.